

**José M<sup>a</sup> Avendaño Perea**

## **EN TUS MANOS**

**Acompañar en la enfermedad  
y preparar una buena muerte**

**NARCEA, S.A. DE EDICIONES**

# ÍNDICE

<b>Prólogo</b> .....	7
<b>Introducción</b> .....	13
<b>La enseñanza de la vida</b> .....	25
La vida es un don de Dios. En la salud y en la enfermedad, en las manos de Dios. Mi pequeña Betania. Tiempo de amistad y generosidad. Tiempo de preparar la tierra. Tiempo de siembra. Tiempo de cosecha y vendimia.	
<b>La enseñanza de la enfermedad</b> .....	49
Días de luz. Días de tormenta. Días de calor.	
<b>El legado tras su muerte</b> .....	63
Una fe de amplios horizontes. Una esperanza a prueba de pérdidas. Cándido, nuevo nombre de la caridad alimentado por la eucaristía. La hermana muerte. En los brazos de la Virgen.	
<b>Amén</b> .....	89
¡No está aquí, ha resucitado!	
<b>Epílogo</b> .....	111

## PRÓLOGO

**E**n *tus manos*, como dice el título de este libro, deja José M<sup>a</sup> Avendaño Perea, o quizás su padre, Cándido, un canto a la esperanza, sustentada por la fe e iluminada por el amor. Al final de la lectura de esta obra, cuando cierres sus páginas, sentirás, al menos a mí me ha pasado, que la hermana menor de las virtudes —la esperanza—, en palabras de Charles Péguy, ha tomado posesión de tu corazón, y lo ha hecho porque en cada una de estas líneas escritas con tanta delicadeza has encontrado tu propia experiencia, tu misma historia, aunque con las lógicas diferencias. La experiencia humana radical es más una y única de lo que parece; nuestras diferencias se ven hermanadas en las realidades trascendentales de la existencia humana: gozo y sufrimiento, salud y enfermedad, vida y muerte. Y es que el hecho de ser imagen de Dios nos une en un mismo origen y un mismo fin, estamos en Sus manos.

El autor de este escrito, que bebe en las fuentes del *caminito* de Teresa de Lisieux, sabe bien que lo grande, lo importante, se esconde en lo pequeño, en la simplici-

dad, en el abandono. Así lo repite, de una u otra manera, en su canto, porque, insisto, este libro es un canto.

Estas páginas nos hacen descubrir, en la memoria filial y creyente, la belleza de la creación y de la salvación encarnada en un pueblo de La Mancha, en la vida de un hombre sencillo, bueno, un campesino honrado y creyente sincero, en el escenario de una familia rural y piadosa donde se descubre aquello que pensadores y teólogos han definido como primera sociedad e Iglesia doméstica. Confieso que al leer estas páginas no podía dejar de pensar en la afortunada expresión del papa Francisco: «la santidad de la puerta de al lado». José M<sup>a</sup> Avendaño y su familia pueden decir que la santidad a la que se refiere el Papa no estaba en la puerta de al lado, sino en su propio hogar.

Si el cristianismo es memorioso, porque nuestro origen está en el testimonio de los que nos precedieron, estamos ante unas memorias cristianas llenas de agradecimiento, de profundidad, de sentido, de belleza. Lo mejor no es olvidar, como leemos en esta obra, sino acoger lo que hemos vivido, agradecer lo que hemos recibido, aprender la lección de lo cotidiano que se convierte en el mejor testamento, un legado que no es letra muerta sino carne y sangre que se han dejado por el camino para encontrarla transfigurada y gloriosa. La historia que cuenta este libro no es fantasía, no es ficción, sino una historia real, la historia de Cándido. Y, ¿quién es Cándido? Así se nos describe: «Nació el día de los Santos Inocentes, era hijo de Simplicio y de Rosario, y le bautizaron como Cándido. Contrajo matrimonio con Jorja, y tuvieron cinco hijos: Andrés, José María, Jorja, Jesús y Cándido. Pudiera parecer que su nombre nos habla de simpleza, pero, tras compartir mi vida con él, he

de decir que Cándido era sinónimo de una caridad vigorosa y fuertemente arraigada».

En la memoria de estas palabras hilvanadas con realismo poético, con profundidad humana, con visión de fe, nos encontramos con temas fundamentales en nuestra existencia: la vida, la familia, el sufrimiento, la muerte, el duelo, la orfandad, el acompañamiento de los que sufren, etc. Verdaderamente nos hace pensar, son un remedio contra la superficialidad y la frivolidad ante las que estamos siempre tentados de sucumbir; la vida tiene su enjundia y hemos de entrar en este misterio para poder de decir al final de nuestros terrenos días, como el poeta Neruda, «confieso que he vivido».

El niño cree que su padre es eterno, en su horizonte, por más que pasen los años, no se contempla la desaparición de los que nos han dado la vida y nos han sustentado, hasta que un día llega la realidad fría y dura de la muerte. La muerte de nuestros padres nos hace ponernos en primera fila en el precipicio de nuestra existencia y, junto a la memoria agradecida, llegan los temores, el desconcierto y el peso del dolor por la separación. Este momento es un verdadero *kairós* —un tiempo de crisis, que debe ser crisis de crecimiento—, un momento radicalmente humano donde viene a aposentarse, si yo lo dejo, la gracia de la presencia de Dios. Misteriosamente en este momento la paz inunda el corazón humano, es lo que se percibe al leer las palabras de José María, e ilumina con la luz de la fe la vida y la muerte, amanece el sentido ante las sombras de la muerte y del sufrimiento.

Me gusta el testimonio que contiene esta obra porque no nos priva de la humanidad, porque es aquí, en nuestra humanidad con su debilidad, donde está Dios, donde ha querido estar Dios desde la encarnación de su

Hijo. De ahí la experiencia cierta del estar habitados — hermosas las expresiones que leemos en el libro: mi padre estuvo habitado por la alegría, habitado por la sencillez y la simplicidad—, la conciencia de no estar solos, la liberación del temor. El mejor camino para la aceptación del sufrimiento y de la muerte, para superar el duelo, es asumirlo, hacerlo parte de nuestra vida, comulgar con él con la certeza que hemos vencido en el Aquel que murió y resucitó por nosotros. Así podemos decir con el himno de la Liturgia de las Horas: «y cuando llegue el dolor, que yo sé que llegará, no se me enturbie el amor, ni se me nuble la paz».

Son hermosamente evocadoras las reflexiones que se pueden leer en estas páginas sobre la familia, la amistad —tesoro del pobre—, la tierra, el acompañamiento, la orfandad. Cualquiera que conozca a José María sabe que el amor a su familia no es pose, sino que forma parte de la esencia de su palabra y de su predicación —de lo que está lleno el corazón habla la boca—. La vida de sus padres, la experiencia de su Betania particular, la cátedra del agricultor, hacen que este manchego afincado en el sur de Madrid deje de ser mero observador para mirar con ojos de contemplativo.

Querido lector, estás ante un libro con el que puedes rezar. Personalmente agradezco la profundidad de la reflexión y los muchos textos de santos y sabios con los que el autor ilustra su testimonio. Esta obra ilumina y consuela, providencial en este tiempo del coronavirus. Nuestra experiencia, por personal que sea, siempre puede ayudar a otros, porque si es experiencia de Dios siempre es evangelizadora.

«Mejor no cabe», eran las palabras que repetía Cándido con frecuencia. Son palabras que en el último le-

cho del dolor adquieren mayor profundidad. Son, ante todo, un acto de confianza: estamos en las manos de Dios y mi única respuesta ha de ser el abandono, ¿qué nos puede faltar cuando nos sabemos en manos del que nos ama?

Doy gracias a Dios por sentirme testigo de lo que aquí se relata. Conocí a Cándido al llegar a Getafe, y las veces que lo vi y los mensajes que me transmitió su hijo en su nombre siempre fueron de bondad y ánimo. Como se refiere en el libro, fui hasta Villanueva de Alcardete a visitar a Cándido ya muy deteriorado; a lo largo de nuestra conversación no tenía más interés que darme dinero para los pobres, dinero que devolvía a sus hijos, y nuevo intento suyo de darme más para ayudar a los necesitados. En fin, pueden fallar nuestras capacidades físicas, lo que llega hasta el final es el corazón, porque «al atardecer de la vida nos examinaran del amor», escribe san Juan de la Cruz.

La última mirada siempre es para ella, para la Madre. Qué evocadora la imagen de la Virgen de la Piedad, faro que ilumina a Villanueva y a sus hijos allí donde estén. Con qué fortaleza y dulzura recoge la Madre entre sus brazos al hijo muerto, cómo lo estrecha en su pecho para que su corazón dé latido al de su Hijo entregado por amor. Ahí, donde está Jesús, también estamos nosotros, y descansa Cándido después de la fatiga de esta vida y a la espera de la resurrección.

+ Ginés García Beltrán  
Obispo de Getafe

# EPÍLOGO

Amigo lector, hemos llegado al final de este pequeño libro, *En tus manos*, y no sé qué impresión o experiencia te acompañan después de la lectura de sus páginas. Espero y deseo que te hayas sentido confortado o acompañado. Te lo pregunto, con cierto temor y temblor, cuando toda nuestra persona se siente dolorida, confusa y esperanzada, ante tanto sufrimiento por el COVID-19. Sufrimiento y muerte que se ha llevado de nuestro lado a familiares, sacerdotes, religiosas, religiosos, amigos, vecinos, ciudadanos de entre nosotros y de tantos, otros lugares.

Cuando escribí las primeras páginas de lo sucedido a mi padre transcurría el mes de agosto pasado, mi padre murió en junio, y agradezco la ayuda de mi amigo y redactor de la revista *Vida Nueva*, José Luis Celada, para poner por escrito la emoción, el dolor y la vida de fe en Jesucristo muerto y resucitado. Pensé que podían ser de cierto bálsamo para prepararnos ante la muerte de alguien cercano y gestionar, lo mejor posible, espiritual y psicológicamente, el acontecimiento de una muerte cercana. Algo que es frecuente, de una manera u otra, en la vida de cada uno de nosotros.

Agradezco también a la Editorial Narcea y a las personas que llevan adelante esta evangelizadora tarea, quienes desde el primer momento siempre han estado dispuestas con generosidad y prontitud para sacar a la luz estas páginas donde se expresa esta experiencia tan humana y tan cristiana como es la muerte.

*En tus manos. Acompañar en la enfermedad y preparar una buena muerte*, no trata de otra cosa que de sentirse arrebujado en las manos del Creador. Dios, que nos ha creado, no nos deja de su mano y a medida que pasa el tiempo y los años, con la urdimbre de las diversas realidades vitales, vamos tomando conciencia de que la felicidad deseada y tanto buscada, no consiste en otra cosa sino hacer la voluntad de Dios. Cándido, consciente o inconscientemente, nos dio ejemplo de que la vida es un don, un regalo de Dios y nuestra misión es vivir agradecidos a Dios Creador.

«En la vida y en la muerte, somos del Señor» (Rom 14,8) nos enseña san Pablo. Es verdad que ahí reside el secreto de vivir con confianza y sosiego, y nos ayuda a prepararnos a una buena muerte, con todo lo que supone ese desgarrar que nos separa de personas y lugares a los que hemos querido y amamos tanto.

El secreto de una vida realizada, podemos decir, y en este caso digo, una vida feliz, como fue la de mi padre, consiste, en definitiva, en vivir de la certeza de que «somos suyos». Esta frase, que siempre estaba en la boca de mi madre Jorja y que tantas veces escuchó su esposo Cándido, se convirtió en una realidad para ellos que vivieron sintiéndose habitados por la Presencia del Dios Vivo. Esta certeza de que «somos suyos», de que estamos en sus manos, aleja los miedos, afirma la confianza, nos permite abandonarnos y hace que nos crezcamos para volar por encima del dolor y de la misma muerte.

Como sabes, la vida del cristiano es la toma de conciencia de la Presencia de Dios en nosotros. Dios inhabita el corazón del cristiano y la respuesta creyente a esa inhabitación es la fe que se produce al encontrarnos con la persona de Jesucristo. Mi padre hablaba de Dios como el que animaba su vida cristiana y se hacía concreto en la práctica de los Sacramentos y en el servicio al prójimo, en el corazón de la Iglesia; una Iglesia que tenía rostro en la parroquia de Santiago Apóstol en Villanueva de Alcardete, con sus paisanos de cada día, donde transcurrió la mayor parte de su vida.

Siempre con buen talante, alegría, paciencia y gran esperanza. «Mejor no cabe» fue su expresión cotidiana que se agudizó en los días finales de su vida. Le preguntábamos: «Padre, ¿cómo estás?», «Mejor no cabe», era su desconcertante respuesta.

Y para alguien que ha vivido así, como tantos de vosotros decís de vuestros padres, ¿cómo hacer?, ¿cómo comportarse y actuar cuando llega la enfermedad grave, la enfermedad terminal y la hermana muerte llama a la puerta, como afirmaba san Francisco de Asís?

Mis hermanos, Jorja y Cándido, un servidor y nuestros familiares, nos sentíamos desorientados y no nos creíamos que nuestro padre se moría y además en tiempo breve. Amarle con todo el amor del mundo, buscando los mejores cuidados médicos, espirituales y corporales, ¿dónde ir?, ¿qué hacer? Son comportamientos y actitudes, que seguro tú has vivido. La oración fuerte, la oración sin palabras, solo las lágrimas y el llanto, el clamar al Dios, Señor de la vida. Contemplar y bendecir a Jesucristo, crucificado, muerto en la cruz y resucitado. Suplicar al Espíritu Santo su luz y que nos hiciera fuertes. La Sagrada Comunión cada día, cercanía, a veces sin

palabras, ahuecar la almohada, un apretón de manos, un beso, un abrazo, una frase tranquilizadora «estamos contigo», «no estás solo»...

Querido amigo, solo nos quedaba contemplar la cruz. Jesucristo ha pasado por la cruz para hacer suyos nuestros sufrimientos. Al contemplarlo en la cruz y escuchar su grito hacemos nuestros sus sentimientos que nos impulsa a hacer con los demás lo mismo que Él ha hecho por cada uno de nosotros.

Y Dios nos fortalece para permanecer junto a la persona enferma, asistiéndola sin miedo, con esperanza, de día y de noche, sin pensar en nosotros, olvidando el cansancio y experimentando un bálsamo en forma de paz, consuelo, misericordia. Contemplando a la Virgen María, al pie de la cruz, junto a su Hijo, en mi caso la Virgen de la Piedad, Patrona de Villanueva, me he sentido arrebujado en su manto maternal, pues María es consuelo de los afligidos.

En fin, querido lector, solo quiero agradecerte la escucha de los latidos de mi corazón y de mi alma ante la muerte de mi padre. Gracias por tu lectura, por tu oración, y espero haberte ayudado, porque este es un camino que debemos transitar, de una forma u otra, cada uno de nosotros. Sintámonos agradecidos a Dios que es donación de gracia y de amor sin límites. Él solo sabe amar.

¡Bendito seas, Señor, por amarnos así!